

E. N.º 2 est. 8

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

RODOLFO MEZZERA—PABLO DE GRECIA—JOSÉ MARÍA DELGADO



AGOSTO DE 1922

SUMARIO:

PEGASO	por Ernest Martinenche
Mr. Martinenche	por La Redacción
La nueva dirección de PEGASO	por Dr. Rodolfo Mezzera

Artigas - Epopeya	por Pablo de Grecia
-------------------	---------------------

Jacinto Benavente	por Juan Antonio Buero
«El hermano asno»	por José Pereira Rodríguez
Noruega	por Julio Raúl Mendilaharsu
Se va la juventud	por Segundo Barreiro
Lloviendo con sol	por José M. Peña Antipuy

Nuestros artistas - Rafael Barradas, por Alberto Lasplaces, con cuatro grabados
--

«El Nocturno» de Gabriel
D'Annunzio

por Juan Costetti.—Traducción
de Montiel Ballesteros
por Manuel de Castro
por Emilio Samiel

El tío cura
Glosas del mes

Notas bibliográficas

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VII
N.º 50

"PEGASO"

REVISTA MENSUAL

COLABORADORES PERMANENTES

Alberto Brignole. — José P. Bellán. — Manuel Benavente. —
Enriqueta Compto y Riqué. — Buenaventura Caviglia (hijo). —
Julio J. Casal. — Ismael Cortinas. — Manuel de Castro. — Asdrú-
bal E. Delgado. — Eduardo Dieste. — María Espinola y Espino-
la. — José M. Fernández Saldaña. — Emilio Frugoni. — Antonio
M. Grompone. — Blas S. Genovese. — César G. Gutiérrez. — Carlos
A. Herrera Mac Lean. — Luis A. de Herrera. — Juana de Ibar-
bourou. — Julio Lerena Joanicó. — Luisa Luisi. — Alberto Las-
places. — Horacio Maldonado. — Julio Raúl Mendilaharsu. —
Raúl Montero Bustamante. — A. Montiel Ballesteros. — Casiano
Monegal. — Alberto Nin Frias. — Emilio Oribe. — José Pereira Ro-
dríguez. — Víctor Pérez Petit. — Carlos M. Prando. — Wilfredo
Pi. — Horacio Quirogá. — Santín Carlos Rossi. — Vicente A. Sala-
verri. — Emilio Samiel. — Carlos Sabat Ercasty. — Fernán Silva
Valdez. — José A. Trelles. — Juan Zorrilla de San Martín. — Al-
berto Zum Felde. — Armando Vasseur.

SECRETARIO DE REDACCIÓN
TELMO MANACORDA

ADMINISTRACION

Todo lo referente a la Administración debe dirigirse a
San Salvador 2309, Montevideo, Uruguay

Suscripción mensual: \$ 0.50.

Avisos: convencional.

PUBLICACIÓN

Todo lo referente a la Redacción debe dirigirse a los Directores,
8 de Octubre 120, Montevideo, Uruguay

No se devuelven los originales.

LOS MATERIALES DE "PEGASO"
SON INÉDITOS



Este número de PEGASO contiene

DIEZ Y SEIS PÁGINAS MÁS

o sea

Sesenta y cuatro Páginas de Texto

sin aumento de precio

Banco de la República Oriental del Uruguay

Institución del Estado

fundado por ley de 13 de Marzo de 1895 y regido por la ley Orgánica de 17 de Julio de 1911

Casa Central: Calle Zabala esquina Córrito

Caja de Ahorros - Alcantías - Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo

Los depósitos en Caja de Ahorros Alcantía, gozan del interés de 6 $\frac{1}{2}$ %
hasta la cantidad de \$ 1.000

El Banco recibe esta clase de depósitos en la Casa Central y en todas sus dependencias, que son las siguientes:

AGENCIAS:

Aguada: Avenida General Rondeau esq. Valparaíso.—Paso del Molino: Calle Agraciada 963.—Avenida General Flores: Avenida General Flores 2266.—Umón: Calle 18 de Julio 205.—Cordón: Avenida 18 de Julio 1650, esq. Minas.

CAJA NACIONAL DE AHORROS Y DESCUENTOS, Colonia esq. Ciudadela

SUCURSALES

En todas las capitales y poblaciones importantes de los departamentos.

Horario de las dependencias de la capital: de 10 a 12 y de 14 a 16.—Los Sábados de 10 a 12.



La alcancía es la llave del ahorro doméstico.—Deposita Ud. DOS PESOS y en el acto se le entregará, GRATUITAMENTE, una ALCANCÍA cerrada con llave, quedando esta llave guardada en el Banco. Esos DOS PESOS SON SUYOS, ganan interés y puede Ud. retirarlos en cualquier momento, devolviendo la Alcancía.

Una vez al mes, o cuando lo crea oportuno presenta Ud. la Alcancía, la que se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y acreditárselo en su cuenta. Los saldos del dinero así depositado, ganarán el 6 $\frac{1}{2}$ % de interés hasta la suma de \$ 1.000. — Las cantidades mayores de \$ 1.000, no ganarán interés por el exceso.

El Banco ha resuelto también, establecer Libretas de Caja de Ahorros a Plazo Fijo (a vencer cada seis meses). Para esta clase de operaciones se ha fijado el interés de 4 $\frac{1}{2}$ % hasta la suma de \$ 50.000.

El Estado respalda directamente de la emisión, depósitos y operaciones que realice el Banco. (art. 12 de la ley de 17 de Julio de 1911)

PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO

DIRECTORES: Rodolfo Mezzera — Pablo de Greca — José María Delgado

Agosto de 1922.

N.º 50 — Año VII.

“PEGASO”

Montévideo 29 Août 1922.

Que de fois entendons-nous dire que le secret de l'antique poésie est perdu dans notre vieille Europe! La plainte est assurément excessive; mais j'ai trouvé l'explication du mal qu'elle signale.

Pégase s'est envolé, lassé des eaux d'Hipocrène, et, d'un saut prodigieux, il est allé se retremper dans la fontaine si bien nommée Salus. Salut donc et longue vie à la revue qui se consacre à son culte! Et mille grâces soient rendues à la poétique courtoisie de l'accueil uruguayen!

ERNEST MARTINENCHE.



Mr. ERNEST MARTINENCHE

Huésped de Montevideo por pocas horas, Mr. Ernesto Martinenche, director de la "Revue de l'Amérique Latine", fué objeto de una fiesta intelectual por parte del grupo de PEGASO, que obtuvo la más grata resonancia.

En la noche del 29 de agosto, en la salón especial de banquetes del Hotel Alhambra, la "Editorial PEGASO" ofreció a Mr. Martinenche una cena de homenaje, que tuvo hermosas proporciones.

Merece destacarse particularmente la concurrencia al banquete, de S. E. el señor Presidente de la República doctor Baltasar Brum, que quiso honrar a PEGASO con su adhesión y prestigiar así el banquete a Mr. Martinenche.

Ofreció la comida el doctor Asdrúbal E. Delgado, Presidente de la Cooperativa Editorial PEGASO, y agradeció el anfitrión en brillante y sutil improvisación, llena de *sprit* francés y de encantadora facilidad.

Más de cuarenta personas tomaron asiento alrededor de la mesa, notándose entre ellas, al señor Ministro de Instrucción Pública doctor Rodolfo Mezzera, al señor Ministro Plenipotenciario de Francia, Mr. Azouy, al señor Ministro Plenipotenciario del Brasil doctor Luis F. Guimaraens, a los escritores nacionales Julio Raúl Mendilaharsu, doctor Buenaventura Caviglia, Pablo Minelli González, José María Delgado, Otto Miguel Cione, doctor Alberto P. Brignole, Vicente A. Salaverri, Telmo Manacorda, etc., etc.

Al finalizar el banquete recitaron poesías suyas los poetas Asdrúbal E. Delgado, Luis F. Guimaraens, Pablo Minelli González, Buenaventura Caviglia y José María Delgado.

La prensa diaria dió extensas notas de tan hermosa fiesta.

LA NUEVA DIRECCIÓN DE "PEGASO"

El doctor Rodolfo Mezzera

Desde este número de PEGASO se incorpora a su Dirección el doctor Rodolfo Mezzera, descollante elemento de nuestra intelectualidad, que desempeña actualmente el Ministerio de Instrucción Pública, y que pertenece, desde el primer día, al grupo de PEGASO.

La personalidad brillante y ágil que viene a formar trilogía en nuestra Dirección, da mayores relieves a nuestra obra y va a ser gratamente recibida en todos nuestros círculos.

PEGASO recibe su incorporación activa con el más alto entusiasmo y el más grande afecto.

ARTIGAS

Fragmentos de Epopeya

PROEMIO

*Caliope que ciñes tu estudiosa frente de lauros
Y hacer sonar ante las edades tu trompeta de épico metal,
Timbra como en los Poemas de antes, tu bronce, pues pasan,
[alud de centauros,
En aurora de gloria, Artigas y sus gauchos bajo el cielo natal.*

*La Epopeya antigua ve con ojos de asombro, al flamante
Capitán que marcha casi sin armas bajo el sol...
¿Retornan acaso los fabulosos tiempos? El gigante
Encelado, blasfema? Quién ruge? El León de Nemea? No: el
[León Español!*

*Artigas! Qué pretende el caudillo? Qué busca,
Qué unánimes se agitan campo, río y ciudad?
Y ese deslumbramiento que al mismo hispánico ofusca
Es el oro de Cuzco o de México?—No: es el oro de la libertad.*

*Artigas! virtud, sacrificio, heroísmo, xionónimos
Son en nuestro colombiano verbo y en nuestro corazón...
Por tus triunfos, por tus derrotas, por tus magníficos gestos
[anónimos,
Por tu destierro y por tu alma buena de Catón.*

*Artigas, por ti lo épico se humaniza y se exalta;
El amor de los hombres busca tu excelsitud;
Y sobre tu Meseta, cerca de Dios, más alta
Que toda gloria vana, se eleva tu virtud.*

*Artigas, padre, hermano, abuelo de mirada celeste,
Cuánto nevar y cuánto ímpetu, furia, aquilón,
Cuánto sufrir, cuánto vivir, luto, miseria, en este
Terruño de tus sueños que amó tanto tu corazón.*

*Artigas, patriarca con Destino, Tablas y Exodo,
Yo entre las borrascas, llegué a tu Sinaí.
Había olas de sangre y pantanos de lodo,
Pero, a pesar de todo, vi la gran luz que venía de ti.*

LA CARGA DE "LAS PIEDRAS"

*Integrado en un bloc de relinchos y alientos
Y alaridas de horda, irrumpen el húracán
Libertador. Demonios del estrago, seiscientos
Centauros de la patria hacia la gloria van...*

*Sangre olímpica, músculo combativo, alma recia,
Al mirarlos sonríe su heroico Capitán...
Impávidos cabalgan entre el hierro que arrecia,
Los centauros nativos que a la victoria van...*

*Retumba la metralla, diluvia, en ancho trueno,
El cañón enemigo su alma de Leviatán...
En oleajes avanzan, unánimes, sin freno,
Los centauros nativos que a la victoria van...*

*El Sol fragua tragedias en los hierros cortantes,
Incendio en ócreas vivos aquel grupo titán...
Hay un clamor de horda y de leones rampantes,
Hay mil bocas que aúllan, mil pechos anhelantes,
Hay una enorme Victoria y un solo Capitán.*

EL ÉXODO

*Marcha bajo los soles o bajo el negro domo
De la noche, en columna, todo un pueblo. Es un cromo
Milagroso y augusto. Con inquietud se piensa
En el éxodo bíblico... la patria está suspensa...*

*Es una gran columna de congoja y de llanto,
Todo un pueblo en victoria y en derrota; y el canto
De Callope cobra, en razón del motivo,
Un riguroso aspecto solemne y pensativo...*

*Es una gran columna; todo un pueblo... Amanece
Y en la dorada luz vespertina parece
Engrandecerse todo. Es un vasto proscenio
De vidas y de almas; y la llama del Genio
Irrumpe melagrosa, en virtud de su Numen,
Sobre la excelsidad de esa patria en resumen.*

*Artigas, el patriarca de nublada de cielo;
Es Moisés en sustancia de hombre libre, su celo
Todo investiga, todo observa, arregla todo,
El alma en la justicia tiene, el cuerpo en el lodo.
Es un hombre? Quién sabe! Es algo más?...*

En Mayo

*Surgió impetuosamente en un zis-zás de rayo,
Y fué su gesto perentorio
En Las Piedras, de ahí su renombre notorio.
El momento era grave para la causa; todo
Parecía perdido en el Perú, de modo
Que el ejército hispano, como turbión deshecho,
Bajaría en raudales hacia el Plata; era un hecho
Inevitable, pues las últimas derrotas
Dejaron nuestro cóndor con las dos alas rotas.*

*Buscar aliados? Dónde? El cóncave porteño
Quiso volver de nuevo hacia su antiguo dueño,
Y ante la sugestión del trono en un alarde
Vergonzoso gritó: Viva el Rey! Era tarde.
Artigas malograba ese ensueño suicida
Y a la revolución le daba nueva vida.*

*Las Piedras, primer triunfo decisivo; arrogante
Mandoble como para debelar al rampante
León de Iberia; inicial de los verbos redentos...*

*Después para los libres soplaron malos vientos,
Godos y lusitanos,
A través de las sierras, se alargaban las manos...
Y el Triunvirato para evitar todo evento,
Decretó por un úkase el sacrificio cruento...*

*Y se produjo el Exodo; el exilio; la larga
Ruta que los sin patria emprendieron. La amarga
Sal, el frío, el cansancio, la sed, la angustia, toda
La miseria, fué el lote de su suerte. Entre tanto
Dolor lleno de lágrimas, bajo cielos sin lumbre,
Fué la gran caravana con su gran pesadumbre.
Fué la gran caravana
Marchando hacia el mañana,
El abismo o la cumbre...*

*Oh, la gran caravana de los tristes! Se advierte
En su rodar, un salmo vencedor de la muerte;
Se vislumbra en el limo que su pie rudo huella
La rosa del laurel y el lirio de la estrella;
Se adivina, en el gesto torvo de su infortunio,
La eternidad del bronce y el claro plenilunio
De los mármoles... Tiñe de incendios su derrota.
Se arrastra hacia Occidente, mas su espíritu flota
Vuelto al sol del terruño; y en su inefable anhelo
Filiol, para éste tiene adioses de pañuelo
Y de lágrimas...*

Oh, la triste caravana

*Que marcha paso a paso por la ruta serrana,
Con su fardo de glorias conquistadas ayer!
Enmudece Calíope; la voz de una campana
Pone bruma y misterio sobre ese atardecer...*

*De nuevo el pueblo en marcha. El Exodo culmina;
La patria es un desierto, una cruz y una ruina,
Sobre la tierra grata que el sol de enero dora;
Sobre la serranía que húmedece la aurora;
En el valle florido donde la hacienda gorda
Anticipara dones, una miseria sorda
Impera... Ya no se oyen las trovas campesinas
Que mojaban de lágrimas el tramonto en ruinas;
Ya no tiembla en el aire azul del mediodía
La charla pintoresca de la paisanería;
Ni el humo familiar de los ranchos rebosa
Dando seguridades de existencia dichosa;
Ya no se ven las indias en labores caseras,
A las indias de xenos duros y de cadéras
Amplias, madres robustas que daban diez infantes
En diez años...*

El genio de la Patria, que en antes

*Deparara riquezas, bienestar, alegrías
De corazón, ha tiempo dejó estas serranías
Y estos valles, acaso para seguir la suerte
De su pueblo en derrota y en victoria...*

Lo inerte

*Emoción de los campos, en la hora que pasa,
Cobra desolaciones de solariega caza
Abandonada y lóbrega al borde de un camino,
Abandonado y lóbrego, con su estanque y su pino
Y su cascado de piedra desdibujado. Sobre
Esa desolación pone un tampo de cobre*

*Un sol frío de otoño, que tiembla mansamente
A flor del agua en éxtasis... Oh, la casa yacente!
El hogar apagado, donde en tranquilo antaño
Viviera la familia su buen fuego y buen año...
Así la patria huérfana, abandonada y pobre,
Humedece silencios con su llanto salobre,
Y sueña en el calor de las horas distantes...*

*A veces, en las noches, se oyen ecos errantes...
Quién va? Sombras remotas, hijos, padres, abuelos?
Es la brisa que gruñe? Es la fiera que ronda?
O es la luna redonda,
Que arrastra, paso a paso, su inquietud por los cielos?*

*¡Oh, no! Es alma de Patria, es suspiro, elegía,
Ese rumor que nace al oriente del día,
Ese rumor de paso vacilante que puebla
La noche solitaria de su aguda tiniebla.
Porque la patria guarda, en su espíritu íleso,
El recuerdo inmanente de la Gloria y el beso
Filial, como un perfume invicto, cada una
De sus quejas recuerda un laurel y una cuna...*

*Noches interminables de soledad y espanto,
Por vosotras Caliope rima el alma en un canto;
Por vosotras Caliope en lágrimas otoña...
Silencia el bronce heroico y gime la zampoña.*

EL DESTIERRO

La columna detiene su marcha de tres meses
Bajo un cielo extranjero. De todos los reveses
Del destino, de todos sus rigores y males,
Que llenaron de angustia los pechos orientales,
Sólo resta un recuerdo que el tiempo con su niebla
Podrá borrar... Mas late una enorme tiniebla
En el alma sencilla de ese pueblo mendigo*

Que bajo un sol extraño ha sembrado su trigo.
 La tierra generosa que le brinda hospedaje
 Le recuerda la patria ausente, en el paisaje,
 Monte y riacho, en el valle, en la sierra, en el cielo
 Y en la noche estrellada... Y un inefable anhelo,
 Y un soñar cosas tiernas, pone en sus ojos vagos
 Una desolación de noches y de estragos...

Vela sobre ese pueblo Artigas, cuya testa
 Coronan prematuras nieves; alma de gesta:
 Fuertes brazo y cerebro, y corazón despierto;
 Tiene intuiciones próceres. Oh, la patria no ha muerto;
 Alienta en él... Muy pronto resurgirá. El malagro
 Está en germen...

Medita el Patriarca en el agro

Feraz. Parece siempre preocupado; camina
 Como una sombra; a veces sobre el surco se inclina...
 El interroga al joven lo mismo que al anciano;
 Para cada dolor tiene un óleo; su mano
 Siempre cordial reparte efusiones amigas;
 Y sus palabras tienen dulzura de cantigas;
 Casi no duerme... Bajo el lienzo de su tienda
 De campaña, en la noche escribe o piensa. Ofrenda
 Por igual a su patria, su sangre y su reposo;
 Y tiene para ella expansiones de esposo
 Y de padre. Figura de ejemplo, su figura
 Mental sobre la aurora de su tiempo fulgura,
 Se adelanta a la época y exige un escenario
 Más vasto. Como Cristo, él tendrá su Calvario
 Y su Judas; después póstumas apoteosis
 A pesar de la furia de todas las neurosis
 Del odio...

Apolo rige su celeste cuadrigo
 De voladores potros, sobre el campo en fatiga
 Que asegura un buen año de gorrúera; la siembra
 Se alumbra con latidos generosos de hembra;

*En el hato disperso que la distancia integra,
Pone la nube errante fugas de seda negra;
Y las hoces proficuas, con unánimes lampos,
Flechan de abejas de oro la emoción de los campos...
Pero no obstante toda la riqueza adyacente
Fesa sobre las vértebras en ese pueblo doliente
Una inmensa quimera de nostalgias y asombros,
Que aplasta por igual almas, frentes y hombros...*

INTERMEDIO HEROICO

*Orientales, vuestro apóstol, vuestro santo y profeta
Ha tornado a la tierra natal;
Y erguido sobre el pedestal de su Meseta,
Su magnífica y prócer silueta
Tiene un prestigio patriarcal y cordial.*

*Orientales, de vuelta de su torvo destierro,
Está vuestro abuelo de espíritu de hierro
Y de carne de hierro con
Sus cabellos blancos y con su alma de santo
Y su gran corazón
Y su mirar celeste enturbiado de llanto,
Que vió las horas rojas de la emancipación.*

*Orientales, tenéis a vuestro Capitán—gran espada de Mayo—
Cuyo fornido brazo
Fue fusta, lanza y rayo
Que detuvo al Ibero allende el Pilcomayo
Y unió tres patrias inclitas en un cordial abrazo.*

*Orientales, de nuevo tenéis Patria, de nuevo
Tenéis Héroe... La Hora
Es augural... Desbócase el carro de la aurora;
Late briosa la savia en el renuevo;
Y la espiga su gluten elabora...*



*Orientales, tenéis a Temis y a Pallas
En vuestra Purificación;
Tenéis músculo y alas;
Tenéis cerebro y corazón...*

*Orientales, el porvenir es de vosotros;
No obstante las maquinaciones
De la intriga,
Pues que tenéis en flor los corazones
Y tenéis brazos y no os faltan potros
Y tenéis a la Muerte por amiga!*

*Orientales, germina
El claro día en vuestro surco eterno,
La vigorosa encina
Dará abundante leña en el próximo invierno.*

*Orientales, Artigas ya sonó su olifante,
Abandonen su inercia pampas y litorales
Y el horizonte se agiganta...
Vuestro cielo de Grecia exige bronce, mármoles y laureles
[triunfales.]*

*Orientales, República y Federación,
Tal dice en su heráldica colombiana,
Vuestro pabellón,
Que duplica el color de la mañana.*

*Orientales, "la suerte
Está echada". Se advierte
Un destructor anhelo...
La Cruz del Sur culmina en vuestro cielo
Como una aciaga presunción de muerte...*

EL OCASO DE LOS CENTAUROS

*Y vino la invasión con su rodar de trueno:
Doce mil veteranos en marcial desenfreno,
Halcones del estrago,
Inevitables como la diestra de Santiago...*

*Las furias afilaron sus garfios y la entraña
Palpitante de América se desgarró. La huraña
Prole del bosque, aquel indiaje misionero
De músculo de cobre y corazón de acero;
El gaucho montaraz, cuyo libre albedrío
No concede rompeolas a su empuje bravío;
El hombre de los campos que de Ceres ordeña
La prodigiosa ubre y su Noviembre sueña;
El añoso patricio que en la pérdida aldea
Revive en el recuerdo la gloriosa odisea;
El guayaquí, retoño de una raza que exila;
Y el etiope de nostálgica pupila
Que extraña su sol tórrido y su playa sonora
Y su choza de paja; todo lo que en la hora
Alimenta con espíritu en las Misiones y en
El Uruguay, enfrena el marcial palafrén,
Esgrime lanza, o sable, o mosquete, y se incrusta
Cual anillo de hierro en la falange augusta...*

*Oh, magnífico pueblo que un designio cruel
Desvía de la recta fecunda de su riel
Laborioso. Oh magnífico pueblo cuya alma enhiesta
Dió a la América en germen un laurel y una Gesta;
Oh soberbio ejemplar de leyenda, la espada
Que ha de herirte, en la noche siniestra fué fraguada!*

*Y vino la invasión, con su rodar de trueno
Doce mil veteranos en marcial desenfreno,
Halcones del estrago,
Inevitables como la diestra de Santiago.*

*Y vino la invasión.
Sangre y fuego... Inútil valentía
La de los magníficos gauchos que en pelotón
Opusieron sus pechos a la mosquetería
Portuguesa,
Que viera entre los cuadros imperiales
Volar, a pleno sol, al águila francesa.*

LA GEÓRGICA

*Libre de afanes guerreros Artigas,
Con sol y músculo su existencia amasa.
No le amilanan ásperas fatigas
Y el pan moreno desborda en su casa,*

*Rústica y sola, perdida en la recia
Red de los bosques centenarios, que arde
Con fuego intenso si el invierno arrecia
O se hunde en sombras el sol de la tarde.*

*Vive su vida de amor y destierro;
Vive su vida de nostalgias fieras;
Lejos está la epopeya de hierro,
En arretrato de hordas y banderas.*

*Paño de lágrimas de todo el contorno,
Con mano pródiga su trigo derrama,
Es de los pobres la brasa de su horno,
Es de los pobres su mesa y su cama.*

*Vive su geórgica anciano de roble,
Labra la tierra con brazo robusto,
Y cada día que pasa es más noble,
Más apolíneo, más grande y más justo.*

LA MUERTE DEL HÉROE

*Sobre la frente del prócer un día
Puso la muerte su pálida aureola,
Sobre la frente del prócer un día.*

*Murió de pie, laborando la tierra,
Casi desnudo su busto de bronce,
Murió de pie, laborando la tierra.*

*Sólo los pobres rodearon su féretro
Cuando la azada tomó la palabra,
Sólo los pobres rodearon su féretro.*

*Vanos discursos, dolor de etiqueta,
No perturbaron el sueño del Héroe,
Vanos discursos, dolor de etiqueta.*

*Rústica página cerró la epopeya...
Fue innecesaria la frase retórica...
Rústica página cerró la epopeya...*

*Sencillamente
Cubrió la losa sus cansados huesos...
Sencillamente, dolorosamente,*

La noche culminó sobre su sueño...

APÓTEOSIS

*Haga perpetua el bronce la olímpica carne del Héroe,
Que en geórgicas ubérrimas vió apagarse la luz de su vida.*

*Que en simulacros magnos, palmas y mármoles digan
Cómo fué la epopeya de su vida de sangre y de luz.*

*Que unánimes liras se acuerden bajo los pórticos para
Celebrar del Apóstol los magníficos hechos;*

*Y que del labio trémulo de Olio recojan
La narración verídica que han de fijar en los ritmos.*

*Que manos piadosas laboren los huertos opimos
Para llenar de rosas el panteón del Patriarca.*

*Que no se apague nunca la tea gloriosa
Que el Protector de los Pueblos en hora lejana encendió.*

*Que sepan las generaciones actuales, que sepan
Los hombres del mañana, inspirarse en su ejemplo inefable,*

Prolongando su vida fecunda más allá de los tiempos...

*El bronce no basta, el mármol no basta, es preciso
Reencarnar ese espíritu, darle sangre peregrina;*

*La rueda del tiempo gira sobre todas las épocas,
Y la línea y el gesto enmudecen cubiertos de polvo...*

PABLO DE GRECIA.

JACINTO BENAVENTE

Alocución pronunciada en el Xantar
que la Casa de Galicia de Montevideo
ofreció a don Jacinto Benavente.

Maestro: lo sabéis ya. Son vuestros connacionales quienes me han impuesto la tarea de saludaros, ya que no la de hacer vuestro panegírico.

Que no lo ha menester quien, como vos, ha recibido el magno elogio en la vibración de todos los corazones, en el ensueño de todas las almas, asomadas a las torres de la ilusión para veros pasar por el sendero que conduce a la ciudad luminosa.

Vuestra presencia aquí se me ocurre inverosímil, en fuerza de ser augusta. Porque tengo para mí que vuestros propios contemporáneos, no obstante haberos ensalzado con unanimidad entusiasta, no han valorado todavía en su plenitud el portento inmortal de vuestra obra perenne. Pero, no temáis. No es mi ánimo el rendiros tributo de admiración ostentando un análisis especioso de vuestras obras. Siendo muy parca, mi discreción creará ser digna de vuestra nominación. Sólo os diré que con todas las gentes hispanas, me congratulo al veros, revestido de la suprema credencial y del título máximo (embajador del genio español, monarca de incomparable señorío), cruzar selvas y ríos, recibiendo la adhesión y el aplauso, tanto en las nuevas ciudades como en los solares viejos, y comprobando que no existe una sola alma castellana que no os reverencie como a una alta encar-

nación de la raza, como a una viviente expresión de su gloria!

Fuera de vuestra significación en los dominios de la técnica, se agrega a vuestra personalidad un significado histórico que vos mismo no alcanzaréis quizá a valorar cabalmente. Misión es la vuestra que se cifra en reivindicar y renovar los prestigios del idioma castellano, en el campo de América, donde bregan todas las tendencias, donde se disputan todos los valores en una afanosa porfía. Mostráis a estos pueblos, ante cuya juventud ardorosa exhiben todas las naciones del orbe, sus cualidades y excelencias, cómo puede la lengua castellana evocar las más sutiles inquietudes contemporáneas con el más donoso de los decires; recordáis que ella sirvió para suspirar las más suaves serranas de Finojosa y para secretar los más pícaros donaires del Arcipreste; y que su metal sonoro, fué digno de acompañar las hazañas de Cortés y de Pizarro, y aún la insaciada sed de aventuras de aquel Ponce de León, de corazón tumultuoso, que al arribar a las playas blancas de la Florida frente al violeta mar Caribe, decía de hinojos: "Gracias os sean dadas, Dios mío, que al fin he visto algo nuevo..."

Esas cualidades viriles las conserva el idioma a través de vuestra obra. Arma de combate, ágil y templada, le transformáis cuando os place en túnica que exorna la verdad, marcando su línea, lejos de ocultarla. He aquí por qué cuando fustigáis reveses de nuestros tiempos, vuestra prosa es solemne como en Calderón; cuando retratáis salones de elegancia, nuestras mujeres tienen la airosa ligereza que suele campea en Tirso. Y os comparara a Lope por la fecundidad, si no fuera que más similitud os hallo en ocasiones con Quevedo, risueño y profundo, o con Góngora, de quien tenéis el primor sin el conceptis-

mo, o con Larra, cuyo gracejo mal disfrazaba el fundamental romanticismo melancólico.

Sois, pues, sintético, porque sois erudito sin parecerlo. Vuestra originalidad nada ha sufrido con el cotidiano paseo que os brindáis por los vastos jardines de Castilla. De ahí que vuestra obra, sin dejar de ser superiormente vuestra, sea ante todo netamente española.

Española, sí, enriqueciendo al tiempo mismo a la literatura universal con un nuevo e inmortal binomio. Ya eran definitivos Quijote y Sancho, en Cervantes; Ariel y Calibán en Shakespeare; hoy lo son Leandro y Crispín, en Benavente.

Es la humanidad misma esa yuxtaposición de los contrarios, esa coexistencia del ángel y de la bestia, símbolo inmortal de la condición de nuestro linaje, donde ni el ángel es tan puro que merezca la incondicional reverencia ni el demonio es tan protervo que deje de suscitar un atisbo de simpatía.

Diréis que todo esto, señores, es viejo como el dolor del mundo. Mas en nuestro huésped de hoy todo ello está modernizado, agilizado, puesto a tono de nuestro sentir, actualizado si se me permite el vocablo, por esa ironía benaventina, donde, sin mengua de la claridad, hay siempre un poco de fastidio y un mucho de amor...

En la cabeza de este hombre, el óvalo fundamental se afina en una barba aguda, que recuerda una flecha, lista para herir la injusticia. De ello proviene que se haya visto en su expresión fisonómica, ayudada de dos ojos sagaces, la máscara del Doctor Sutil, divino Mefisto.

Ah! si el Mefisto del poema de Goethe es capaz de transformar en fuego el rudo licor de Auerbach, con cuánta más razón a este Mefisto, cuya presencia es inverosímil como la de su Dios, le será dado el poder de trocar el vino de este banquete en fuego de pa-

sión y en alma de entusiasmo por la Belleza y el Bien!

España atesora, desde los sensuales tiempos de la morería, una ciudad que adoro.

El valle que se alueca como una copa; el anfiteatro de sierras, donde en la cumbre, la Nevada merece su nombre; el Darro y el Genil, que arrastran arenas de oro.

Dejad la trivial ciudad moderna; volved los ojos al abigarrado Albaicín: casas sórdidas, miseria entre los patios, donde se ensucian de modernidad las abandonadas fuentes de mármol. Ascended la cuesta por el sendero blanco. Y serán hayas y robledales, sombra suave, torrentes frescos, ruiseñores ocultos y armoniosos; y en la cumbre el alcázar real, solemne y misterioso, y el mirador de Línaraja, perfumado de todas las esencias florales, viviente todavía de una ardiente intriga de amor.

Así la ciudad que habéis creado comò un nuevo demiurgo. En el bajo fondo la miseria, la mentira rampante, el sórdido interés, el prejuicio, las negras tempestades del alma. Mas a medida que se asciende en vuestro pensamiento, se escucha el trino de vuestro lírico ruiseñor y el lamento de vuestra fuente inspirada en la inquietud del bosque primaverao. Y en vuestra cumbre de rey, hay un alcázar solar. Y en el mirador de vuestra montaña, todo perfumado de clavel y todo constelado de estrellas, dos amantes se besan bajo la gloria de la noche estival.

JUAN ANTONIO BUERO.

“EL HERMANO ASNO”

Otra admirable novela de Barrios

Mario—trocado en Fray Lázaro—al cumplir el séptimo año de su enclaustramiento voluntario en el Convento Máximo de la Orden de San Francisco, inicia el diario de su vida, escribiendo por escribir, de modo que la disciplina de la forma ordenará muchas veces sus pensamientos confundidos...

Un cruel desengaño amoroso lo enderezó hacia el claustro, como hacía un rincón de paz, en procura de quietud para su alma enloquecida por el inesperado fracaso sentimental.

Pasan los días en la sonora soledad del convento, dejando el encanto de las horas crepusculares, con el vuelo de los pájaros, la voz de las campanas y el rumor de la ciudad circundante.

Cruzan por los corredores—que enjoya el sol o platea la luna—Fray Luis, que “tiene manos de señor obispo, hechas para poner una interrupción de marfil en el oro del báculo”; Fray Elías, “fraile sin ensueños, sin pasado, sin escrúpulos”, que dice: “... se sirve a Dios con sencillez, con alegría, con fuerza, como un hombre”; el hermano Juan, con “un alma de cacerola blanca”; Fray Jacobo, con sus ochenta y cinco años, “casi chocho, de una chochez gruñona que por todo se impacienta”; Fray Pedro, el Sacristán Mayor, a quien la voz, cuando lee, se le apaga de sueño, “flaco y largo, con el sayal demasiado corto y el cerquillo

recortado muy en lo alto de la cabeza"; el viejecito Fray Bernardo, que "siente hacia los hombres un amor casi maternal"; el Padre Procurador, "repantigado dentro de sus hábitos abundantes, bajo los cuales se le ocultan los pies"; el hermano guarda-despensa, "cuya cabeza sale hacia adelante y cuya nariz gorda y formidable avanza erguida como un puño que amenaza"; y también el hermano cocinero, "el de la carota fofa sentada encima del enorme tronco y en la que los párpados son dos bolsitas que se entreabren apenas"...

En medio a este desfilar pausado de frailes y donados, Fray Lázaro y Fray Rufino, polarizan la atención.

Fray Lázaro vive en anhelo de beatitud; pero, el olor ácido de las cosas del mundo llena, de vez en vez, su pequeña celda y experimenta entonces la urgencia de vagar por el huerto, pleno de soledad, peinado por la brisa y rumoreado por los pájaros.

El convento tiene muros que lo separan del mundo bullicioso, sin aislarlo. Un día, en la baranda de una casa vecina, surge una joven cuyo parecido con la Adorada inolvidable lo estremeció en la iglesia con la diabólica tentación de una mirada curiosa. Es María Mercedes, no vista más que fugazmente, hace años, la hermana de Gracia—su antigua novia—que lo llama por cima de la tapia, juvenilmente tentadora en la gloria de sus diez y nueve mayos floridos. Fray Lázaro no puede huir, aprisionado por esta voz del mundo, que quiere olvidar". Y ya cerca del muro se descubren.

Evocan lo pasado. "¡Pobre Mario! ¡pobre Gracia! La pobre no ha hecho su felicidad con el matrimonio. Ahora le pesa su conducta con usted. Cuando nos mudamos, el mes pasado, y caí en la cuenta de que frecuentaría la iglesia de ustedes, tuve cierta alegría. Veré a Mario, pensé".

Siguen reviviendo los días muertos. La niña de en-

tonces es ahora una señorita y con su charla descosida los hechos revividos clavaban sus espinas en el corazón del desolado amador, que anhela olvidar...

El son de la campana pone término a la entrevista y comienza, desde aquel minuto, a acrecentarse el dormido dolor en el alma del fraile sin fortuna. A partir de aquí, Fray Lázaro siente el rigor de todas las torturas y se abisma en todas las desolaciones. Lo va envenenando el goce de disolverse entre las sensaciones apacibles y también el aislamiento. Poco a poco, detrás del cerco que puso a su pasado, asoma el Mario mundano; pero, no bien la tentación surge, el latigazo de su voluntad le llama a la realidad de su suerte haciéndole amar lo aspérrimo de su sayal. Y eso que un día, pesaroso, entregado, exclama: "... yo quisiera estar hoy desnudo bajo el sol, vestido sólo de juventud... vestido de mucha juventud!" Tortura su cuerpo, amarga su vida para desviarse del mal camino que lo atrae y cuando ya está casi en el canto del abismo, se cruza en su senda la silueta angulosa de Fray Rufino...

Fray Rufino es el fraile milagroso del claustro, que ama a las polillas, ladra por el perro enfermo, cura el asno de las limosnas, da la vista a los ciegos, realiza el imposible de que gatos y ratones coman juntos en la misma escudilla y deja a su paso, con su olor acre a cuerpo intacto, el perfume de su santidad. Es el santo de las leyendas que se cilicia hasta sangrar, carga con una cruz a cuestas, fraterniza con los tiñosos y se pone guijarros en las sandalias para sufrir el dolor de los pies agujereados del Divino Salvador... Con todo, es el hombre cuya bondad está a menudo en pugna con los intereses de la Orden, por lo cual recibe angustiantes reprimendas. Frente al coro unánime de alabanzas que despierta, avergonzado del orgullo ingenuo que tales hechos le sugieren, celoso de alcanzar la humillación, recuerda la parábola de la perfecta alegría: "Y

cundo encolerizados nos rechacen como a bribones, con injurias y golpes, y nos hayan apaleado y revolcado en la nieve, y nosotros lo hayamos sufrido con júbilo y buen amor, entonces, dí que aquí, en esto, reside la perfecta alegría". Y como lo acosan penas sucias, "bajezas del "hermano asno"—que así llamó San Francisco al cuerpo—una mañana en que llega al convento María Mercedes para hablar con Fray Lázaro, cae sobre ella, con intención de hacerla suya.

—¡Qué es esto? ¡Qué ha hecho usted!

—“Sí... Grite. ¡Grite!—dice, más bien exhala, sin voz, semejante a un fuelle roto.—¡Llame! A mí me faltan las fuerzas... ¡Ya pueden escupirme! Pregónelo... Yo, el “hermano asno”... Yo, el inmundo, que personifica la lujuria... ¡Que todos lo sepan! El “hermano asno”, yo, he pretendido violarla...”

La debilidad extrema, la lucha con Mario, el horror de sentirse descubierto, le producen la muerte momentos después, rodeado de todos los frailes, mientras la hermandad le inciensa con sus preces y las palomas vuelan de la torre al toque sollozante de las campanas...

Y aquí surge de nuevo Fray Lázaro, hace al Padre Provincial confesión plenaria de lo sucedido. La señora Justina—madre de María Mercedes—a quien ésta, despavorida, contara el repugnante episodio, quiere pregonar el gran escándalo; pero... “por el prestigio de ese santo, que precisa conservar” y en defensa de la Orden, Fray Lázaro sustituirá a Fray Rufino en la grave culpa, y partirá para lejanas tierras, donde la murmuración sobresaltada no enturbie los claros brillos de la congregación...

Tal es, escuetamente sintetizada, la acción que da motivo a “El hermano asno”, la reciente obra del admirable escritor Eduardo Barrios.

Equidistante de "El niño que enloqueció de amor" y de "Un perdido", la nueva producción del gran escritor chileno acusa la misma manera magistral de dar cima al intento literario. Sólo una superioridad le reconocemos, en la igualdad del aspecto común: un maravilloso estilo, diáfano, fluido, sintético, preciso.

Tal vez la clasificación escueta de "novela" no sea exacta, a pesar de la fábula finamente desarrollada, del interés permanente y de la trama psicológica trabajada con perfección artística. Por la belleza de los conceptos y por la fluyente poesía de las descripciones, podría ser un poema en prosa. Más exacto sería definirla: "novela-poema". La definición no hace al caso. Estamos en presencia de una obra admirable en que fondo y forma se han fusionado en una unidad positivamente clásica.

Sin caer en los dogmatismos estirados y teorizantes, Barrios ha cantado el sacrificio incruento pero extraordinario de Fray Lázaro. La carne aparentemente vencedora en el gesto cabrío de Fray Rufino, empuña el cristal puro de su vida. Triunfa, con los intereses menguados del Padre Provincial, la mentira de la santidad. Y así Mario, en la hora suprema, sabe ascender sobre las miserias terrenas y sacrificarse con gesto humilde de verdadero héroe.

La vida del claustro muestra, en la interpretación poemática que le concedemos, la importancia del espejo paseado sobre las calles del mundo. Orgullos, falsedades, intrigas, intereses, miserias y bajezas, y también—¿por qué no?—bondades silenciosas, alientan bajo los burdos sayales, como bajo los trajes mundanos.

También aquí, como en la vida, los intereses de la comunidad pueden estar en pugna con las necesidades de los pobres y, paredes adentro, se impone contemplar a aquéllos y despreciar a éstas, cuando entre ambos toca decidirse. Siempre la solución exige el extremo

injusto y no la combinación armoniosa, con sacrificio infimo de la total pretensión.

Dijimos que el estilo de "El hermano asno" es de una perfección extraordinaria y vale la pena explicarnos. Barrios no es un academizante y escribe, sin duda, como pide d'Ors, pronto a prohiar el neologismo, sin temer su intromisión cuando define mejor un concepto o enriquece el sentido de la descripción con una relación nueva e insospechada. El párrafo alienta por su misma emoción y no por los puntales de las vértebras gramaticales. De aquí que sus páginas vivan enteras, en la totalidad de sus pensamientos, en la masa global de sus expresiones y no en el corte aislado del párrafo huérfano. Es un estilo inquieto, lleno de sugerencias. Y de tal modo ha sido sutilizada—sin artificios—la narración en términos exactos, que "vemos" sin que se nos detalle más que lo esencial. Admírese esta descripción en que no faltan las líneas necesarias e indispensables para el cuadro completo:

"Luego percibí el quejido del antiguo portón que da a la calle y distinguí al hermano Juan abriéndolo. Era para llevarse a La Granja el borriquillo.

"Al fondo extremo del sitio, montado en una mula blanca, un lego tiraba el asno del ronzal. Seguiales un perro negro que tampoco nos pertenece.

"Pasaron cerca de mí. Aún me parece verlos... Pica el lego los ijares a su bestia, con el talón de la sandalia; él grueso pulgar de su pie levántase crispado, mientras los dedos pequeños se prenden al canto de la suela; y los codos, en afanoso aleteo, quieren impulsar al animal lerdo y testarudo. A la zaga trotta el perro, lacias las orejas, en arco el rabo, y acesando, con la lengua fuera, colgante y goteante como una pulpa que sangra.

"Pronto los tuve otra vez lejos. Sobre la tierra parada lucía el color de la mula blanca, el sayal castaño y

el perro negro; borrábase el pollino ceniciento, y tres nubes de polvo iban estelando el aire".

No debe buscarse en la maravilla que es el estilo de Barrios, la robusta amplitud musical de Rodó, ni la elegancia verbal de Enrique Larreta, ni el armonioso cosmopolitismo de Rubén Darío, sin que desmerezca en el cotejo, ni deje de tener los caracteres esenciales de éstos. Hay en las páginas de "El hermano asno" aquella sonoridad que es "toda la orquesta" y que, para Guyau, constituía la perfección ideal de un estilo. Y lo sorprendente es que esta prosa magnífica, fruto de una decantación prolija y de una rara selección, no nos da la idea de tal labor de benedictino, sino que nos asombra por su frescura y por su espontaneidad.

La novela en América, y hecha excepción de "La gloria de don Ramiro", y en otro plano, no cuenta con una obra de estilo superior a "El hermano asno". Valoramos lo que significa formular tal afirmación y, sabiéndolo, insistimos en ella, seguros de no equivocarnos.

Es interesante observar cómo en las obras de Barrios la voluntad se desvincula de la vocación para vivir en el aislamiento o para desviarse de la ruta que le impone la existencia.

"El niño que enloqueció de amor". agobiado de pasión, quiere y no puede. Lo traiciona su falta de voluntad. Lo anula su temor de romper el cristal de su esperanza y prefiere engañarse con pueriles conquistas, hasta que lo hunde en la locura la brutal verdad de lo innegable.

"Un perdido" se introspecciona y se analiza fríamente. Adivina su derrumbe y no opone a su inminencia ningún obstáculo. Fatalmente cae vencido por la acción corrosiva de taras sentimentales, superiores a sus anhelos de rehabilitación. Se siente indefenso an-

te la vida y decide cruzarse de brazos, sordo a toda posibilidad de mejoramiento.

En "El hermano asno" se bifurcan dos modalidades, igualmente atrayentes: Fray Rufino que, en trance de santidad, orilla de intento el pecado sin rodar a su abismo sin fondo; y Fray Lázaro que, falto de resolución afirmativa, guarda pronta la voluntad vocacional para aprovecharla en el primer y tal vez único instante posible.

Rodó, con esa perspicacia insuperable que lo condujo a labrar los inmortales ensayos de "Motivos de Proteo", presintió la posibilidad de estos hombres y así pudo afirmar: "Para la posteridad que ve completa la vida de los que aspiran a durar en su memoria, la perseverancia del que se engaña al tomar camino y avanzó, hasta caer, por uno que no le estaba destinado, sólo será objeto de fugaz compasión (o de dolorido respeto, cuando heroica); pero serán sublime prólogo de una vida en que la gloria fué difícil y amorosa cosecha, los comienzos de desvalida fe, cuya confianza inquebrantable no se apoyaba en la promesa real, en la objetiva demostración de la aptitud".

Como en sus anteriores novelas, Barrios perfecciona aún más el don de psicólogo con que construyera el alma enfermiza de "El niño que enloqueció de amor" y la voluntad claudicante de "Un perdido"; y tal como de éste fluía una mansa deducción optimista, surge de "El hermano asno" la miseranda condición humana.

Realidad y poesía fraternizan en las páginas del libro nuevo: realidad, a ratos de una áspera crudeza; poesía que, en ocasiones, se pierde entre las ondulaciones de una prosa límpida.

Insiste Barrios, nuevamente, en salvar las sirtes del crudo realismo, que ha puesto su lepra en la carne joven de las obras contemporáneas, y este detalle suge-

rente es un sintoma revelador de su alta probidad de escritor que no precisa caer en los fáciles recursos para alcanzar las cimas solitarias.

Esa preciosa trilogía formada por "El niño que enloqueció de amor", "Un perdido" y "El hermano aeno", parece la historia de un mismo ser predestinado al dolor, que, tras una infancia enfermiza y una juventud vencida, se yergue en el sacrificio estéril de un renunciamiento al llamado poderoso del amor y de la vida.

JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ.

NUESTROS ARTISTAS

Rafael Barradas

Una de las más grandes alegrías de mi viaje. Julio Casal que consulea por La Coruña, enfermo siempre de versos, me escribió: — “¿No has visto a Barradas en Madrid?: pues calle tantos números tantos.” Y un coche, una escalera, un segundo izquierda y caigo en los brazos de Barradas, después de nueve, o diez, u once, no sé cuántos, años de no verlo. Y está igual físicamente a como era cuando callejeaba por Montevideo. Delgado, pálido, ocultando su mirada un poco vaga tras el escudo de los lentes. Caigo en su casa como un aerolito no anunciado por los astrónomos. Todo el pequeño oasis de allá arriba se llena con emanaciones de la patria lejana y por la cual se suspira a pesar de todas las ingraticudes que allá quedaron. Los ojos de Barradas se humedecen.—Che, ¿y aquello?, ¿y aquello otro?, ¿y lo de más allá?—¿Cómo está Fulano? — Y algunos recuerdos paralizan las palabras impacientes en los labios: ¡pobre Herrérita!, ¡pobre Delmira!, ¡pobre Lasso de la Vega! Unas cuantas sombras amigas nos flanquean poniendo un poco de angustia en el corazón. Cuando él concluye de preguntar, pregunto yo. Irse de Montevideo es, casi, morir para los que quedamos. Aquí se ignora que Barradas es uno de los pintores más estimados en Madrid, y nadie conoce su dolorosa odisea. Se fué al

viejo mundo en la tercera de un paquete francés, junto con el tenor Médici. Uno con su lápiz y el otro con su voz conquistaron muy pronto a la oficialidad y al comandante. Eso les hizo más grata la travesía. Llegó a Marsella, ambuló por Francia y llegó por fin a Barcelona: gran ciudad abierta a todas las audacias del pensamiento, me dice. Allí sufrió mucho, sí, pero tuvo también grandes satisfacciones. Y encontró inmediatamente un medio propicio a su temperamento. Barradas nunca comulgó con el arte pictórico normal. ¿Quién no recuerda sus primeros dibujos y pinturas expuestos en Montevideo? Sus caricaturas parecían incompletas; se permitía dibujar un perfil, por ejemplo, olvidándose de la nariz. Sus cuadros lo mismo: siempre parecían a medio hacer. Es que su idiosincrasia artística protestaba ya instintivamente contra lo que lo rodeaba, sin saber él mismo hacia dónde lo conducía el impulso interior. Y no podía acomodarse con el clásico modo de interpretar la pintura, clásico hasta en el impresionismo que en nuestro país recién se introducía y que es viejo ya de mil años...

En Barcelona padeció de esa enfermedad fatal de los artistas que comienzan: el hambre. Pero luchó incansablemente. No predicó a fuerza de palabras, sino de obras. Hizo exposiciones que despertaron tempestades. Dirigió revistas efímeras y gloriosas, de esas que nunca llegan al segundo número. Bohemio, viajó por esa España, tan interesante y evocadora. Se fué a Zaragoza a luchar por su ideal y allí... se casó. Vino a Madrid después, en donde reside desde hace años, rodeado por tres suaves cariños femeninos que le hacen amable la vida: la madre, la esposa, la hermana. También su hermano Arturo, poeta ultraísta. Y ha triunfado ampliamente. La crítica y el público que no lo aceptan, lo respetan. Ya nadie ríe de sus extrañas telas cubistas, que al principio provocaban



CATALINA BANCHEA

por Rafael Barradas

general hilaridad. Tiene muchos amigos y prestigiosos sostenedores. Con Martínez Sierra, colabora en la ilustración de los libros de la biblioteca "Estrella" y en las decoraciones del teatro Eslava, en donde realiza maravillas. De todas partes lo solicitan y le pagan bien, lo cual le permite dedicarse por entero a su arte, que lo posee por entero. En estos momentos expone en Barcelona una porción de telas. El año que viene será París quien lo admire. Y en 1925 lo tendremos entre nosotros, y todos podrán ver su obra, desde que traerá sus cuadros.—"Quiero que me conozcan allá, me dice, en la fecha de nuestro centenario." Montevideo conocerá, pues, para entonces, la obra de este bohemio de tanto talento, que se ha embarcado en las más nuevas y arraigadas tendencias pictóricas. Hasta entonces, señores, para escandalizarse.

En arte, como en todo, lo que me ha parecido siempre más respetable, ha sido la inquietud. Nunca olvidaré a Barret: "Sólo lo viejo es lo feo; vengan los monstruos si son jóvenes." La nueva palpitación es lo único que tiene vida. Sin participar en un todo con sus ideales, creo que el futurismo en el arte,—y contando en esa denominación a todas las actuales escuelas renovadoras,—es hoy en día la única esperanza que nos queda a los que creemos que la obra artística consiste en algo más que en imitar más o menos disimuladamente lo que han hecho los maestros, desde los griegos hasta los contemporáneos. También es el arte una resultancia del momento histórico. Todo el estado social colabora en la obra del artista, arando bien hondo en su obra, con su sello original. Por eso en esta nuestra época afebrada y violenta, llena de brío y de pasión, estremecida por choques formida-



Café de Obreros en Barcelona

por Rafael Barradas

bles, pasmada por inventos fantásticos, no se puede aceptar sino como una pálida prolongación de otras épocas el arte que nos llega ya hecho, enmarcado en límites rígidos, de los que la vida se burla constantemente. Una nueva mentalidad se incubaba, una mentalidad siglo XX, distinta del clasicismo y del romanticismo, del decadentismo y del realismo. La vida es otra ya, y la mayoría de los artistas se empeñan en verla como fué, preocupados con preocupaciones extintas, atraídos por conceptos de belleza que enterró el tiempo en profunda fosa. Verdaderamente, si no somos capaces de grabar en el muro de los siglos nuestra señal indeleble e inconfundible, no habremos merecido nacer.

Rafael Barradas salió de un país como el nuestro, en donde se aman las oleografías, para llegar a España, que tiene un formidable pasado pictórico, y un presente ilustre. Y allí mismo, en ese ambiente educado por la contemplación de los grandes maestros de antes y de ahora, comenzó su obra anarquista, recogiendo, como es natural, su primera y abundante cosecha de burlas y denuestos. Es que las pupilas están hechas a lo común, a lo familiar, a los espectáculos de todos los días. Barradas quería pintar estados de alma cuando hasta ahora sólo se habían copiado epidermis. ¿Quiérese mayor audacia?

—Hasta hace muy poco tiempo,—diceme,—los pintores sólo han tratado de representar las cosas en tres dimensiones. Nosotros no queremos representar sino "presentar", y en sus cuatro dimensiones por lo tanto.

Y después:

—La superficie de las cosas en sí no tiene ningún valor para nosotros. Abominamos esas composiciones artificiosas, pedantescas, ridículas, que pretenden ser arte pictórico y que no son otra cosa que pura litera-

tura. Tenemos que librar a la pintura del elemento literario que desde hace tanto tiempo la desvía y la anula. Es un error suponer que los motivos inspiradores están fuera de nosotros: están en nosotros mismos. Hacer un retrato no es repetir línea a línea la imagen que tenemos delante, sino expresar en colores, las vibraciones que provoca en nuestra mente.

Claro está que esto es muy difícil hacerlo comprender a quien supone que la pintura ha de ser algo totalmente objetivo, fotográfico, exterior. Cada cuadro un estado de alma; he ahí una bella fórmula, pero, ¡qué disparatada aparece ante quien nunca ha pensado en semejante posibilidad! Por eso es que la posición del público—y de los que no son público,—frente a una obra nueva, es la del que no comprende. Recorriendo en el Museo del Luxemburgo la vasta sala de los impresionistas: Monet, Manet, Pissarro, Lysley, Renoir, Degas, etc., me preguntaba yo estupefacto, cómo era que una pintura tan accesible y tan simple, podía haber provocado en otra época tempestades de protestas. Esa misma pregunta se harán las generaciones que vengan detrás de nosotros ante telas como las de Barradas, cubistas, simultaneístas, planistas, para las cuales tenemos hoy en día, la mayoría se entiende, sólo palabras despectivas y risas idiotas.

El nuevo movimiento renovador en pintura viene de Cezanne. En realidad, Cezanne no fué un inventor sino un precursor. ¡Precursor y mártir! Contemporáneo de los impresionistas, él también comenzó por serlo, pero bien pronto se distanció de ellos quedando aislado. Por eso nunca gozó de la fama de los componentes de aquella escuela que triunfaron totalmen-



FAYANO

por Rafael Barradas

te después de memorables combates, y hubo de arrastrar una vida obscura y de morir desconocido en 1906. Las audacias de Cezanne ya no escandalizan a nadie y, como lo comprueba una exposición realizada recientemente en París, hasta se venden caros sus cuadros. Pero lo interesante es el valor pictórico y revolucionario,—es decir, histórico,—de su obra. A pesar de sus evidentes diferencias, los mismos impresionistas pueden considerarse como clásicos por su respeto a las formas geométricas de las cosas, de acuerdo con su visión estática. Pero en Cezanne hay ya lo que podríamos llamar deformación de los valores corrientes, que hace que sus telas, a primera vista, aparezcan monstruosas e inadmisibles. Parece no interesarse de las proporciones ni de la perspectiva. El dibujo, a primera vista, no existe. Como Cezanne no era un intelectual sino un puro temperamento de pintor simple y rudo, no pudo explicar detalladamente en qué consistía su arte, y, sobre todo, su novedad. Algunas frases ha dejado, sin embargo, que pueden arrojar alguna luz: "No existe la línea ni tampoco el modelado; no hay más que contrastes. Y estos contrastes no se generan por la relación del blanco al negro, sino por medio de la sensación coloreada. El dibujo y el color no son cosa distinta; a medida que se pinta se dibuja. Cuanto más se armoniza el color, más se precisa el dibujo. Cuando el color alcanza la riqueza, la forma alcanza su plenitud." Balbuceos, como se ve, simples balbuceos, pero de un genio.

Si Cezanne resucitara sonreiría al ver la fecundísima cosecha que han producido las semillas que él arrojó, y las extraordinarias y contradictorias tendencias que de ellas han nacido. Estamos ciertamente en plena anarquía, es decir, en un período de preparación dinámica de la verdad que se acerca. Mil escuelas distintas en apretados cenáculos agresivos



RETRATO

por Rafael Barradas

marchan en pos de detonantes evangelios. No se ha logrado unificar tendencias, y en vez de cerrados batallones van al asalto pequeños y audaces grupos que se aturden con sus propios gritos. Hay cien capillas, en las que oran contados pero firmes creyentes. Cubistas, planistas, futuristas, simultaneístas, expresionistas, etc., etc., son a la vez que enemigos de todo lo realizado antes, feroces adversarios entre ellos, crueles y unilaterales como es siempre la juventud. No hay que lamentarlo porque sería inútil: es la ley. Si no fueran así no lograrían nada, ni podrían mover siquiera la losa pesada de los prejuicios, de los criterios hechos, petrificados en los cerebros lentos, secos de savia. Por eso resisten impertérritos todos los ataques y todos los maltratos, inquebrantables a la tempestad que hierve a su redor sin vencerlos. Tienen alma de apóstoles, admirables almas enloquecidas en un ideal todavía esquivo y lejano. En vez de ir a beber el opio traicionero de los museos, quisieron incendiarlos, en el ingenuo deseo de comenzar de nuevo la vida, borrando de un manotazo la obra de los que en otras épocas hubieron de luchar como ellos para imponer la novedad que traían al mundo del arte.

Barradas es posiblemente el más autorizado, vibrante y conocido apóstol de las nuevas tendencias pictóricas en España. Como tiene un gran talento y despliega una actividad formidable, ha logrado ya lo más difícil: que se le respete aunque no se le comprenda. Por ese camino antes de mucho se le comprenderá, y, por lo tanto, se le apreciará en lo que vale. Como he dicho, no limita su actividad a construir sus telas, sino que también se dedica al "affiche", a la ilustración de libros, a la decoración teatral. Y es, a mi juicio, el más extraordinario dibujante de escenas infantiles que hay en la península, siendo

solicitudísimo por todas las casas que se dedican a editar libros para niños. Aquí sus dibujos son estilizados, simplísimos, pero hay tanta gracia, tanto movimiento, tanta verdad en las escenas que construye, que difícilmente se encontrarán trazos más oportunos y más perfectos. Su obra es, pues, variada y múltiple, y original. Y meritísima. Por eso fué grande mi alegría, cuando pude comprobar que Barradas era uno de nuestros primeros pintores, al par que el más conocido y apreciado fuera de nuestra patria. Pero es verdad también, en compensación, que aquí nadie lo conoce, salvo raros amigos...

ALBERTO LASPLACES.

EL "NOCTURNO" DE GABRIEL D'ANNUNZIO

Cuando el poeta soldado yajo, "como un escriba egipcio esculpido en basalto", vendado, pensé que a Icaro, al caer, le fuera propicio el hecho. Aquel que todo conocía *hasta el incesto y el delito*, y que todo tentaba por la vanidad, aquel que en el espejo de ésta veía su propia figura mítica, por un accidente de aeroplano, yacía herido en la vista, ya por otra causa amenazada. Las vendas lo sumergieron por algún tiempo en las tinieblas y él resolvió que el destino había-sele mostrado inicuo. Pero Némesis lo castigó porque él alteraba a propia conveniencia la Proporción, violando la ley humana en el no patriótico nombre de la Vanidad. Icaro entonces cayó y en su lugar restó el Enfermo.

Yo que he amado y defendido mucho a Gabriel D'Annunzio, osé esperar que el gran destino lo favoreciese finalmente mediante el dolor. Pensé: He aquí que él se volverá sincero mordido por el Remordimiento. El a todo se había entregado en la vida, pero no al dolor, al que odiaba cual un pagano decadente. Reflexioné entonces: el gran deslumbrado de Italia, ahora, con los ojos oscuros, adquirirá la misteriosa videncia del espíritu.

Y vínome a la mente el destino de un más grande artista de la palabra. A Oscar Wilde, una voz interna díjole: "Tú sentirás el deseo de transformarte en galeoto. Tú, aureolado por una grandeza fastuosa y

terrible, tú, despreciador del bien y del deber, tú, idólatra del goce y de los sentidos, tú, esteta desmedido, buscarás el Dolor del que has reído inhumanamente. Serás tú mismo a suplicar, obligado por la necesidad, entrar a la Verdad, a denunciar tus pecados: tú mismo se los gritarás a los jueces mentirosos, como extraño desafío, con orgullo de sincero, y desafiarás la ley y tentarás la cólera de los hombres, acusando a la humanidad de ser hipócrita y enferma como tú".

Oscar Wilde descendió de su trono así, estoico y cínico, escupiendo sobre su gloria en nombre de su mal. Pidió la expiación. En un instante el esteta se redujo a un número y fué execrado. Cuando fué conducido a la cárcel, la muchedumbre lo insultó infameamente. La prueba pedida fué terrible, aún más que el coraje, pero él, encanecido, rechazado, arrancó del dolor sus dos obras verdaderamente inmortales: "La balada de la cárcel de Reading" y el "De profundis".

Vuelto "cristiano" él comprendió que el hombre, sea él el bien o el mal, sea la gloria o el pecado, debo inclinar la cabeza delante del Misterio y decir: yo soy como tú quieres, por lo tanto mi grandeza es una merced, mi mal y mi dolor son una gracia de expiación.

Cuando Gabriel D'Annunzio, inanimado, fué transportado a tierra por el *piloto seguro*, al encontrarse sin luz en el fondo de los ojos, no se sintió, por falta de humildad y de conciencia, castigado. No comprendió la intención del Destino, que le murmuró en vano; Tú yacerás en la tiniebla precisamente para que veas tu falsa gloria, tu vanidosa grandeza a menudo hecha de morboso estetismo; para que tú veas que muchas de tus novelas y de tus ideas, vanas y ligeras, han sido sumamente perniciosas, creando las unas prostitución, las otras delincuencia.

Tú nunca has hablado a la mujer, siempre a la

hembra; casi nunca a los hombres serenos o severos, pero siempre a nuestra "chiquilina". Nunca has enseñado la fuerza moral de las ideas sublimes, tú, exaltador de las fuerzas elementales y brutales. Has dicho "lujuria" de la misma manera oscura con que has dicho "patria" o "gloria". Tus hijos son Guido Da Verona y Pitigrilli. Tus hijos son todos los ennegrecidos violentos de Italia. Tú has magnificado con adjetivos hiperbólicos (demasiado repetidos para cualquiera de tus glorificaciones) dudosas grandezas, actos ligeros y efímeros, fáciles a la juventud temeraria y ofuscada, pero todavía no has glorificado al héroe reconcentrado, tenaz, que cree en la bondad, que concede claramente la Patria y la Humanidad y que desprecia la violencia y la intemperancia en nombre de la Razón. Tú armas la sensualidad y el brazo, no el corazón y el espíritu.

Gabriel D'Annunzio no comprendió la misión de verdadera grandeza que el Destino le deparó. Permaneció inmóvil. No vió en él mismo, vendado, sino el héroe inaudito.

En el "Nocturno", preferentemente, nos describe sus gestos gloriosos, su ansia de luz externa, su desafío a la suerte. El, vendado, no hace más que *ver*. Ve siempre: sean queridas personas, extintas o vivas, sean objetos, ambientes o paisajes. Pero, sobre todo, ve su mítica grandeza. Él no tiene un solo real momento de alarma de su conciencia, sea como artista o como ciudadano. Sabe que casi todo el mundo lo admira como soldado. La gloria rumorosa y cuantitativa no le falta. El es un hombre de gran fortuna presente. Como artista ha hecho sombra a Verga, a Orianí, a Tozzi, novelistas más grandes y más severos que él, como hombre ha hecho invisibles a los puros y a los modestos; como soldado ha sido más audaz que ninguno; como sembrador de ideas ha desempolvado los viejos instintos imperialistas, esteti-

zantes y brutales. Pongámoslo junto a un artista más modesto, a Romain Rolland. D'Annunzio sin exclamar nunca la palabra "Paz", amada del Petrarca, o "Amor", amada de Cristo, secundando la cruel guerra de intereses que estalló y terminó ha poco (él la ha condenado últimamente en un momento de lucidez en el artículo publicado en Estados Unidos, en el cual exalta la Rusia), se ha transformado en ídolo de todos los "guerreroideos" de Europa y de América. Romain Rolland por haber dicho "Paz" y por haberse puesto por sobre la hecatombe, y por sobre la culpa de los hombres, ha sido ferozmente atacado. Pero la Historia dirá. — no ya a la mortal vanidad del poeta, — quién era más grande entre él y el que exhortaba a los hombres a huir de la violencia, la cual sólo nos ha dado los terribles frutos del inmenso mal y de la expiación ciega.

No es que en el "Nocturno" falten grandes páginas; la de la *madre* lo es verdaderamente. Se nota también una tendencia a escribir directo y simple. La adjetivación es todavía enfática, imprecisa, por la múltiple y variada aplicación, pero el período es más breve y a veces seco. Existe, siempre predominante en D'Annunzio, el lastre danunziano y cada uno de sus libros resulta de pesada lectura porque a fin de cuentas el Poeta se ha "frito e rifritto" en sus numerosos volúmenes y no sabe, en un bello vuelo, librarse de sí mismo, por excesivo amor a sus propios defectos, que él, sin duda, confunde con virtudes.

También el "Nocturno" es de difícil lectura. Si la crítica pública fuese sincera como lo es la privada, el Poeta sabría que la mayor parte de sus lectores ha quedado fastidiada con este último libro. Es común encontrar gente que os pregunta: ¿lo habéis leído

todo? Si contestáis que sí, por lo general sentís agregar; yo no he tenido tal coraje.

Es así. Gabriel D'Annunzio está por resultar el menos leído de los escritores de Italia.

El público exigía esta vez, de su Glorioso Soldado, un libro profundo. Las buenas páginas no son suficientes para las exigencias de los tiempos que corren. Se necesitan libros de fuerte organismo espiritual.

Por mi antiguo amor a D'Annunzio yo esperaba la gran obra.

¿Se habrá agotado con "L'Alcione" y con alguna de sus estupendas páginas de prosa? ¿O será posible, que mañana, el Destino sea propicio al retrasado?

En resumen, hoy por hoy, Gabriel D'Annunzio no ha respondido a la época. Ha quedado en el artificio tenaz de su misma forma. No ha visto profundo. Quizá nosotros no debiéramos exigirle tal tarea. Pero, quisiéramos verlo volverse simple a este malsano y fascinante pecador de arte y de vida. Desearíamos, ahora que se acerca el crepúsculo de su vida, verlo aplacado en los sentidos, y meditativo de infinito.

¿Qué diría el mundo del Esteta que se ha exhibido a todos los más fulgurantes triunfos externos, si lo viese renegar su propio pasado y caminar humildemente con el viejo paso, religiosamente, hacia la vida profunda y última?

Creo que todos gritarían: ¡milagro! ¡milagro!

JUAN COSTETTI.

(Versión de Montiel Ballesteros).

EL TIO CURA

(Fragmento de una novela)

A la vista de aquellos viejos papeles sepultados en el fondo del baúl, sobresaliendo de entre el revoltijo de libros y revistas, casi amarillos por la acción de los años y cubiertos de una capa de polvo que a duras penas permitía descifrar el contenido de cada uno de ellos, la imaginación de Gabriel se sumergió de pronto en un mundo de lejanos recuerdos, reviviendo por unos instantes las escenas de su infancia, muchas de las cuales surgían en los repliegues de la memoria sin contornos precisos, como si estuvieran fundidas en una tenue niebla, dejando en su alma una sensación indefinible, mezcla de angustia y de melancolía.

Aquellos papeles constituían para Gabriel el único patrimonio heredado de un tío suyo, que ejerciera el sacerdocio allá en un pueblecillo perdido por el Sur de Chile y, cuya desaparición, en lo mejor de la edad, hábale dejado completamente solo en el mundo, librado a las mil eventualidades de una vida azarosa, sin tutela de ninguna especie.

En los instantes en que pasaba revista a su herencia única, donde podíanse ver, junto con algunos retratos descoloridos, circulares escritas en latín, permisos para confesar hombres y mujeres "*siempre que llevaré tonsura abierta*" y una extensa nómina de

los servicios prestados a la Arquidiócesis por el Padre Antonio — que así llamábanle los feligreses a su tío,—fácil érale a Gabriel recordar la figura de éste, a pesar del tiempo transcurrido desde el día de su muerte.

Representábaselo vivamente ante sí, con su bello porte de hombre ya entrado en años, la cabeza cana —de común erguida — la nariz curva finamente recortada, los labios de un perfecto dibujo y que una leve sonrisa contraíalos hacia un lado, sus ojos oscuros de mirar noble aunque ocultando siempre un fondo de malicia y, sobre todo, creía oír todavía el timbre de aquella voz estentórea que, de chico, poníale al sentirla la piel como la de las gallinas, cuando, saliendo de paseo por las calles del pueblo, gritábale desaforado, en puro acento español y haciéndole dar un salto:

—¡Oye tú, sangre de pato. No arrastres los pies!

¡Con qué fidelidad aclarábanse por momentos en su memoria ciertos recuerdos que antes aparecíansele confusos, sobre todo el de aquella parroquia consagrada al culto de Nuestra Señora del Rosario y que levantábase a un costado de la plaza principal, frente a la casa del Gobernador y en cuyas veredas tendíanse, en los días de canícula, a la hora de la siesta, grupos de indios araucanos, la mayor parte de ellos semidesnudos y borrachos de "chicha", permaneciendo allí a la espera de algún casamiento o bautizo con el objeto de abalanzarse sobre las monedas que los padrinos arrojaban a la distancia después de la ceremonia.

Cuántas veces, mientras el Padre Antonio quedábase dormitando sentado en el viejo sillón del confesionario, la cabeza gacha y los codos apoyados sobre la mesa, dejando escapar de tanto en tanto algún fuerte ronquido, Gabriel, abandonando el fastidioso cuaderno de ejercicios, deslizábase sigilosamente a lo lar-

go del corredor que comunicaba con la iglesia e internándose en ella, contemplaba a sus anchas aquel sagrado recinto, cubierto de grietas, por cuyos agujeros, formando haces de luz, colábanse los rayos del sol o bien, deteníase temeroso frente a esos vagos rincones, envueltos en penumbra, que suelen proteger a las beatas humildes de las miradas importunas y en donde, más de una vez, había tropezado con una viejecilla que, al reconocerle, decíale interrumpiendo sus interminables oraciones:

—*¡Ah! eres tú, el sobrinito del señor cura? Deja que te bese, santito de Dios!*

En medio del silencio que reinaba en la iglesia, silencio que sólo turbábanlo la algarabía de algunos chiquillos que jugaban en la plaza vecina, o la molesta carraspera de algún feligrés, Gabriel desfilaba delante de los altares, fijando su atención en todos esos detalles que luego, en las horas solitarias, exaltaban con mil variantes su imaginación infantil, poblada de sueños místicos. Si bien el aspecto general de la iglesia era en extremo pobre, no faltaban en ella, frente a las imágenes más favorecidas por la devoción popular, un buen número de candelabros y varios jarrones sosteniendo ramos de flores artificiales, cuyas plateadas hojas extendíanse en forma de brazos y que la luz menguada de las velas dábales un encanto ingenuo y triste; había también en la iglesia una colección de cuadros, oleografías esmaltadas, representando la pasión de Jesucristo, y una vitrina conteniendo en su interior la imagen de San Esteban, sujeto al martirio de las flechas. Pero lo que más atraía las miradas de Gabriel, era el tabernáculo erigido en medio del altar mayor, con su portezuela dorada, cubierta siempre por una cortinilla de terciopelo rojo y que el Padre Antonio, en el momento más solemne del santo oficio, descorría misteriosamente, mientras los fieles inclinaban las cabezas, lle-

gando a sus oídos el rumor, como de olas, de las oraciones. ¡Con qué emoción fijábase siempre en aquella casuca, donde moraba el buen Jesús y al que imaginábaselo vivo y radiante, transparentado en la sagrada hostia, esa misma hostia que su tío levantaba en alto con el Santísimo Sacramento, en tanto él, hincado de rodillas, hacía vibrar la pequeña campana, sin atreverse a incorporar la cabeza por miedo a que la luz divina le cegara.

¡Cuándo podría—pensaba Gabriel en aquellos instantes— al igual del Padre Antonio, celebrar los oficios de la misa! Véíase ya revestido de los ornamentos litúrgicos, con la estola cubierta de complicados arabescos colgando a ambos lados del cuello, luciendo aquella regia casulla de púrpura con aplicaciones doradas que tanto agradábale ver sobre los hombros de su tío durante la misa del domingo y los delicados encajes del *alba* que resaltaban nítidos sobre el fondo oscuro de la sotana y, más que nada, véíase con el pomposo bonete de cuatro picos que, en varias ocasiones, habíasele puesto sobre la cabeza — a guisa de ensayo — representándose estar frente a una muchedumbre piadosa a la que bendecía con unción episcopal. Pero, en seguida, desechaba tales ilusiones, viniendo a su mente las palabras que el Padre Antonio repetíale a menudo — como un cruel estribillo — cuando con los ojos humedecidos por las lágrimas, Gabriel implorábale le dejara seguir la carrera del sacerdocio:

—Tú no tienes pasta para ello. Ya me lo dirás con el tiempo.

Entonces conformábase con que sólo le permitiera ayudar a misa. La primera vez que hiciéralo fué en un domingo de Ramos. La mañana había amanecido luminosa y azul. Sobre el horizonte donde empezaba a remontarse el sol, extendíanse algunas nubes quietas y alargadas que parecían querer ceñir la curva

de los cielos a manera de una débil franja. Un airecillo de Otoño estremecía las hojas de los árboles de la plaza, cubiertos aún de innumerables gotas de rocío, semejantes a puros diamantes que la luz del sol hacía refulgir.

Desde las primeras horas Gabriel saltó de la cama, con resolución poco común en él, pues, como a todos los niños, pegábansele a menudo las sábanas y cuando el padre Antonio entró en su habitación con el objeto de despertarle, encontróle ya en pie y vestido con la sotana de monaguillo, cuyo rojo vivo llenaba su cabeza de sueños de gloria. Momentos antes, cogiendo el crucifijo que pendía de la pared, encima de la cabecera de su cama, habíalo recostado sobre el brazo izquierdo e inclinando la cabeza imitaba, frente al espejo del guardaropa, la actitud de San Luis Gonzaga tal como aparecía en las estampas de su primera comunión.

—*Veo que le has dado un susto al cuerpo...* díjole el Padre Antonio, al verle ya levantado. Gabriel fijóse en el rostro de su tío viendo reflejado en él un perfecto buen humor. Acercósele para que le besara en la frente y después miróle vestir, observando la rapidez con que prendíase los cuarenta y dos botones de la sotana, sin saltarse ninguno. Después atrevióse a preguntarle, aprovechando la predisposición a la chanza que tenía especialmente de mañana el Padre Antonio, "si no sentía frío en la coronita", y más aún, hasta pidióle permiso para tocarla, sintiendo en sus manos una sensación áspera, algo así como el roce de una hoja de cardo.

—*Anda y repica las campanas, que es hora de empezar. ¿Te acuerdas qué toque es?*

—*Sí, tío, dos toques en la campana grande y uno en la chica.*

—*¡Cuidado con equivocarte!*

Gabriel atravesó las piezas de la casa rectoral y

después de pasar por el jardín que daba a una de las partes laterales de la Iglesia, entró en ésta, dirigiéndose hasta el coro y de allí hacia la escalinata que daba acceso a la torre que elevábase a una regular altura. Una vez en ella, entretúvose un instante en contemplar el pueblo, que, a esa hora, empezaba ya a animarse. Véalo en toda su extensión, pues la altura de la torre así lo permitía, y regocijándose ante aquel espectáculo que rara vez le era dado gozar.

Allá, a lo lejos, hacia la extremidad donde terminaba la línea regular de las casas, en su mayoría de madera a causa de los temblores de tierra que de continuo conmovían aquellas regiones y casi donde empezaba el campo abierto, divisábase, bordeado de bosquecillos umbrosos, el río Traiguen, que circunla la parte izquierda del pueblo y cuyas aguas, a esa hora, ostentaban un brillo como de plata derretida, sobre todo en aquellos trechos donde los rayos del sol daban de lleno, efecto que hacía resaltar aún más la tonalidad verde-azul de la costa. Más acá y mirando en línea recta desde la torre, veíase la Estación del Ferrocarril con su jardincillo de *ordenanza* y una hilera de vagones de carga, inmóviles y como abandonados a lo largo de la vía, destacando sus masas simples y descoloridas, de ese matiz a que viene la madera pintada bajo la acción de las intemperies, rodeados de soledad en medio de aquel predio desolado, donde aquí y allá, en vano trataba de medrar alguna que otra hierba, raquítica y triste, formas ínfimas y humildes de la vida, calcinadas por los escapes de vapor hirvientes de las locomotoras. El núcleo de casas que formaban el total de la población de Victoria extendíase, en forma cuadrangular a partir de la plaza, hasta perderse en el caserío pobre de las orillas. Resaltaba en primer término, la calle Ancha, cuyo piso estaba formado por viejos tablones de madera, siendo sus veredas altas y en extremo desiguales.

El resto de las calles eran estrechas y el aspecto general de sus casas, chato y uniforme.

Gabriel cogió las cuerdas que asía a las dos campanas y comenzó a repicar, haciendo huir con sus sonos a una bandada de palomas que en ese momento habíase refugiado en el interior de la torre. Las notas broncas de la campana mayor hendían el aire, en temblorosas vibraciones, seguidas de los sonos argentinos y agudos de la menor, hasta que el eco de ambas perdíase poco a poco en los serenos ámbitos de la mañana.

Todo el pueblo afluyó en masa, como solía hacerlo siempre que celebrábase alguna solemnidad religiosa. La Banda popular, solicitada de antemano por el Padre Antonio, dió mayor lucimiento a la misa, supliendo los malos servicios del pequeño órgano, ya afónico y del cual apenas si sonaban algunas pobres notas.

El Gobernador ocupaba una de las primeras filas, ostentando en medio del pecho una medalla, sujeta por una cintilla roja, perteneciente a una congregación piadosa. Hombres y mujeres formaban un conjunto abigarrado. Ya antes de la misa, algunas viejas dieron comienzo a las oraciones, munidas del pequeño breviario, y en aquel incesante murmullo mezclábanse todas las voces, algunas de las cuales sonaban de manera destemplada, como si pugnaran por sobresalir del monótono coro.

Gabriel embargado por la emoción del momento y a la vista de aquella enorme concurrencia, comprendió la magnitud de su paso y a punto estuvo de abandonarlo todo y salir corriendo por la puerta de la sacristía. En vano trataba de retener en su memoria los interminables latinazgos que debía decir durante el transcurso de la misa; las palabras parecían huir, inaprensibles a los mandatos de su voluntad, y entonces

quedábase como anonadado, lleno de confusión y vergüenza.

La voz del Padre Antonio, prodújole, al sentirla, un extraño cosquilleo que recorrió súbitamente todo su cuerpo:

—*Estamos pronto. ¿Vamos!*

Gabriel cogió el pesado misal y siguióle con paso torpe hasta el pequeño estrado donde alzábase el altar mayor. Al principio todo salía a pedir de boca; pero tanta felicidad duró poco. Bien pronto el incipiente monaguillo quedóse sin contestar un sinnúmero de locuciones de su tío, el cual, en vano golpeaba con insistencia el pie sobre el piso a objeto de llamarle la atención, o indicábale algunos comienzos de oraciones, para que luego éste siguiera por su cuenta, hasta que, al fin, exasperado y viendo la inutilidad de todo esfuerzo ante la torpeza del muchacho, continuó leyendo solo los extensos períodos contenidos en el misal, aunque haciendo rechinar sus dientes y dirigiéndole de soslayo unas miradillas terribles, cuyo significado entendía bien a las claras Gabriel, más que los propios latines que le estaba encomendado decir durante la misa de aquella mañana. En otro curso del santo oficio, pretendió el improvisado sacristán levantar el extremo de la casulla antes de su debido tiempo, pero de nuevo la voz del Padre Antonio hizo volver sobre sí mismo, en tanto su rostro ponfábase al rojo vivo.

—*Mejor sería que levantaras la cola a los perros!* —dijole por lo bajo. Una sorda angustia oprimíale el pecho, impidiéndole casi el respirar; por momentos veníanle deseos de ponerse a llorar allí mismo, frente al altar, delante de toda la muchedumbre de fieles que de seguro reírían en esos instantes de todas sus torpezas; otras veces imploraba al Señor le iluminara de súbito, guiándole en los divinos menesteres a que en hora mala habíase metido, de puro santurrón y al

solo deseo de lucir la roja sotana de monaguillo que tantos desvelos causárale siempre.

Pero cuando su turbación llegó hasta lo indecible, fué en el momento de verter el sacro vino en el cáliz de oro, sostenido por las manos regordetas de su tío. De sólo encontrarse frente a él temblábale todo el cuerpo, al punto de no acertar en los detalles más nimios de la ceremonia. Apenas dejó escurrir algunas gotas del precioso líquido en el sagrado recipiente, cuando el Padre Antonio díjole, con gesto de impaciencia y tono amenazador, interrumpiendo la oración alusiva al rito:

—*Echa más! Echa más! No regatees!*

Acaso el pobre Gabriel pensase en esos instantes, que siendo aquel vino, por obra de la misteriosa magia de su tío, la sangre de Cristo, necesario era escatimarle. Mas, de seguro, no pensábalo así el Padre Antonio, el cual levantando el cáliz a la altura de la boca, le apuró hasta las heces, volviendo a repetir la dosis, ya que siempre fuera un perfecto gustador de vinos, tanto ante el altar del Señor, como ante su propia mesa, en la que nunca faltaban un par de botellas y de las mejores marcas.

MANUEL DE CASTRO.

Agosto de 1920.

NORUEGA

*En esta tarde gris y fría,
que la quiero retemplando mi energía
porque estoy convaleciente,
rostro afilado, ojos profundos, frente saliente,
la tela de mis recuerdos, integralmente se entrega
a paisajes de Noruega.*

*Son puros y taciturnos y rudos y exaltadores
—cuando, ahogando entre brazos de barrancos a los
[flores—
alzan montañas, lanzan torrentes, yerguen pinares
y extienden nieve y ábreñse a helados vientos polares.*

*Cielo plumizo, nieblas, tormentas,
noches de invierno, largas y cruentas,
el hombre, entonces, debe luchar:
arranca el mármol de la cantera,
dueño de un hacha, corta madera
o en un velero márchase al mar.*

*Naturaleza
toda grandeza
—puños de rocas, testas de cumbres,
filos que cortan incertidumbres—
dan a las manos santo vigor
y el hombre avanza
con heroísmo en la esperanza
que es compañera de su trabajo conquistador.*

*Tierras de rosas, vegas fragantes,
trigales áureos ¡oh, cuán distantes!
Se os ve en mirajes de fantasía,
bajo los cielos del mediodía,
 cielos de siesta,
 cielos de fiesta,
 cielos sensuales
para delirios de bacanales.*

*Noruega, mi alma ama tus paisajes
bellos y salvajes;
le han dado lecciones para elevación
de todas sus ansias y todos sus sueños.
¡Benditos paisajes nortños,
sois una potencia de resurrección!*

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.

SE VA LA JUVENTUD

*Cerca ya de los treinta años la frente inclino,
pensativa y serena. Del andado camino
no quiero recordar las horas desoladas
ni el dolor en acecho de sus encrucijadas.
Quién sabe por qué ha sido inútil tanto empeño,
quién sabe qué fatídica sombra nubló mi ensueño;
no sé cuál fué la causa de mi ventura trunca
e ignoro por qué ha sido que no fui feliz nunca.
Sólo sé que en mi frente pensativa y serena
se lee como en un viejo palimpsesto mi pena,
y en su blancura tersa, dilatada y sombría,
hay que mirar bien para ver su melancolía.*

*Se aproxima la noche. Huye el vívido oro
de esta tarde vernal sonora como un coro,
¡y como el oro fúlgido de esta tarde vernal
huye la juventud, hora primaveral
de esta vida tan corta, tan triste y tan banal!
La ilusión y el afán son dos flores marchitas
en el cofre vacío del laurel y la rosa.
Aún siento la fragancia de las últimas citas
y presiento el perfume de la Gran Silenciosa,
toda blanca en la noche, traída por un leve
vuelo, al aire los mármoles de sus pechos de nieve!
Ya es tarde para todo, hasta para cantar,
¡dolor de no tener!, ¡horror de no esperar!
Cuando se tiene oro juvenil en la sien,
el verso huele a nardo. Y la pena también,*

*En mi orfandad ha sido la miseria un blasón.
Por las calles en sombras senti en mi corazón
la ternura infinita de esta bruja amorosa.
Y su mano leprosa
engarzó los más bellos versos de mi canción.
Y bajo mi menguada tutela el cielo puso
esta mujer que adoro y esta hija que venero,
flor blanca que perfuma mi existencia, lucero
que esparce luz ideal en mi senda de iluso;
¡flor y luz que si pierdo, nada quiero!
Pero oculto mis hambres como oculto la herida
que atraviesa mi alma vieja y entristecida,
¡Sólo en mis versos soy alguna vez sincero!
¡Sólo tú, mi alma, sabes cuándo soy verdadero!
Y en el claror del alba y en la sombra nocturna
se ve sólo mi vida lírica y taciturna...*

*Mañana acaso olvide el dolor que hoy se inicia.
Pese a mi desaliento aún sé decir "mañana".
Squíeme el amor en la humilde ventana
del hogar y me aguarda una tierna caricia.
Como un suave crepúsculo es mi suave penar.
Todo lo que la vida no me ha querido dar
habrá sido por algo que no sé comprender.
Un mundo doloroso y cruel es el pasado.
La dicha que he soñado,
quizás no la he sabido ganar ni merecer...*

SEGUNDO BARREIRO

LLOVIENDO CON SOL

*Hay un sol convaleciente
y una tarde en desaliño,
y un vientecillo que viene y va como un niño,
que cruza loco una esquina, irrumpe por un zaguán
y cansado va y se sienta en un desván.*

*Sale de pronto a la calle.
Algo les dice a las hojas de un árbol municipal...
se hace con ellas un traje
que a poco, inconstante y pérfido, arroja en un lo-
[dazal.*

*Cruzan dos chicas la plaza...
tiene el vientecillo entonces audacias de colegial,
las alcanza y en su torno danza una danza procaz,
juega inquieto con sus rizos, les acaricia la faz
y, de un solo golpe, muestra su mano inquieta y fugaz,
toda cubierta de seda
la suprema gallardía, la fresca gracia insinuante
de una pierna escultural.*

*De pronto, de un lado al otro, la tarde se pone rubia,
un milagro luminoso hay en el cielo otoñal...
y en el traje ajado y viejo de los árboles la lluvia
hace como que cosiera con agujas de cristal.*

*Es que tal vez llueve el día las estrellas de la noche...
El sol su millón de espadas fantásticamente blande,
y no se sabe si el cielo finge tan sólo un derroche
o si acaso está llorando una alegría muy grande.*

*Hay un sol recién lavado
y una tarde toda rubia.
Por la calle el vientecillo va esponjado
por la lluvia,*

JOSÉ M. PEÑA ANTIPUY.

GLOSAS DEL MES

El pago de la delación

La iniciativa de estimular una pesquisa con dinero, carece de novedad en nuestro medio, donde aquella oferta del caudaloso doctor Palomeque, en ocasión del asesinato de un su pariente, ya destinó otros cinco mil pesos para quien señalara la verdad.

Y entonces, pues ya han corrido como veinte años, esa suma importaba mucho más que en nuestros menguados tiempos; sin embargo, no fué delatado el asesino.

La iniciativa de nuestro Concejo está en riesgo de merecer igual suerte; como si se reprodujera el impedimento psicológico de aquella época, ahora se rehusa igual estímulo para descubrir un criminal bien antipático.

Golosina de esa calidad fué ofrecida para cazar aquella famosísima señora Humbert, perfecta cabu-resa, que con la maraña de su "Renta Viajera", apañó capitales ingentes y embaucó personajes de coturno, hasta Rostand y el Presidente Loubet.

Entonces el ardíd resultó, y un buen señor, académico por añadidura, en Madrid la delató a la Policía.

Hemos levantado previamente esos recuerdos al ofrecer a la meditación de los lectores la interpretación del caso.

¿Influirá el miedo en ese triunfo sobre la codicia?

¿Influirá alguna otra virtud, más delicada y prepotente?

Natural es que acarreará desagradables contingencias la denuncia contra el señor fabricante de tan poderosas máquinas como esa cuyo malvado efecto se desea vengar: y el cuidado de la propia existencia dominaría el ansia de justicia y la avidez de la moneda.

Pero también podría ser que existiera, como función orgánica, una repulsión más o menos lógica hacia el oficio de delator; cuya actitud moral, respetable y tal vez justa, aún no se amalgama con los elementos de nuestro carácter.

Dejamos planteado ese problema contenido en el trágico suceso de la huelga del mes. ¿Debemos acreditar el imperio del miedo? ¿Puede envanecernos la supervivencia, en época tan vilipendiada y estrecha, de un sentimiento delicado que repugna el oro por una satisfacción de la conciencia?

A cavilar, mientras el olvido disimula el fracasado soborno y la ineptia de nuestros pesquisantes profesionales.

EMILIO SAMUEL.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Parnaso Uruguayo. — Por Antonia Artucio Ferreira. — Editorial Maucí.—Barcelona.

Tarea sumamente engorrosa y paciente es la que ha llevado a cabo la conocida poetisa en este libro. Desde la hermosa antología hecha por Raúl Montero Bustamante hace quince años, la poesía uruguaya ha florecido gallardamente, hasta el punto de contar con varias figuras de relieve extraordinario, que han enriquecido y dilatado el dominio de nuestra lírica, haciéndola una de las más variadas y opulentas del continente.

Si pudiera haber alguna duda sobre esta aserción, bastaría para disiparla la lectura de este libro, síntesis bastante completa y generosa de nuestro último quinquenio poético, en donde se encuentran mezclados los nombres más famosos y más humildes, en una bella hermandad de gente, dispar en cuanto al mérito y la abundancia de la cosecha, pero enlazada en lo íntimo por la unidad del anhelo superior.

Es claro que se le podría reprochar a la señorita Ferreira algunas equivocaciones en la selección de las poesías, y, sobre todo, algunos errores estampados en los acápites; las primeras, que indicarían extravío del gusto, y los segundos, falta de documentación; pero eso no es nada frente a lo que representa el esfuerzo realizado, la finalidad patriótica, y el positivo valor global de la obra.—J. M. D.

Canto a Francia.—Por Fernando Nebel Alvarez.—Montevideo. — 1922.

La lírica épica manifestada por el elogio ardiente y ditirámico hacia los héroes guerreros o las naciones, está, por fortuna, ya bastante desmonetizada.

Es curioso observar que no obstante la magnitud de las naciones que intervinieron en la última guerra y la cantidad de excelentes líricos movilizados, no ha surgido un solo poema digno de perdurar por su exaltación patriótica. Por el contrario, las dos grandes obras nacidas en ese medio, "El fuego" y "El hombre es bueno", son poemas épicos a la inversa, en donde se reniega bastante del patriotismo y de toda aquella catarata hiperbólica con que se nos estropeaba los oídos en las fiestas nacionales.

Resulta, pues, anómalo, este vibrante himno a Francia, hecho por un moderno poeta uruguayo, en donde, sobre todo, se canta el genio y la gloria militar, y en donde se repiten las palabras de Cambroune, vuelve a verse volar el águila napoleónica "que ha luchado con honor", y pasan, orlando de laureles las banderas desplegadas, Eylau, Wagram, Austerlitz y Jena.

Más alta creemos la misión de la poesía y de la literatura actual. Nada le deben los pueblos a esa barbarie disfrazada de gloria. El concepto del valor mismo, ha cambiado, y no es, por cierto, alabable, a más de ser tema demasiado trillado, el nimen de un poeta que se estremezca con estas cosas.

Todo esto sea dicho desde el punto de vista ideológico, y sin desconocer la fluidez y el talento con que el señor Nebel Álvarez ha hecho este cáldido panegírico rimado.—J. M. D.

Humus.—Por Raúl Brandao. — Editorial Cervantes.—Barcelona. — 1922.

Si hay un libro extraordinario entre las últimas ediciones que nos llegan de Europa, es éste. Libro genial, de extraña y poderosa fuerza de evocación, de construcción avasallante, salido de misterio, de vida y muerte, este libro de Raúl Brandao puede conceptuarse un libro de primera magnitud, no sólo ya en la literatura portuguesa, sino en la literatura universal, en donde tiene pocos similares.—T. M.

El libro de la actitud secreta de la soledad.—Por Leonardo Pena. — Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

No conocíamos a Leonardo Pena, de quien hablámos con exaltación Hugo Barbagelata en su reciente viaje a Montevideo. Ahora estamos como deslumbrados. Se trata de un talentoso escritor joven, cuya pluma originalísima está destinada a próxima consagración. "El libro de la actitud secreta de la soledad", es una novela de valentía, de arrogancia, de ardor, que hemos leído maravillados de su belleza, de su gracia, de su genio. Su estilo es extraordinario. El autor llama a su novela "biblia profana". Creemos que este subtítulo es más lógico que el título.—T. M.



Banco Hipotecario del Uruguay

INSTITUCION DEL ESTADO

CAJA DE AHORROS

Abona por los depósitos el 6 $\frac{1}{2}$ % anual

Invierte los depósitos por cuenta de los ahorristas, en "Títulos Hipotecarios", los cuales al precio actual, reditúan un interés mayor de 6 o/o anual.

Los intereses de esos "Títulos" se pagan trimestralmente el 1.º de Febrero, el 1.º de Mayo, el 1.º de Agosto y el 1.º de Noviembre de cada año.

Los "Depósitos", mientras no se inviertan en Títulos, y éstos con el "Cupón" corriente, si la inversión ya se ha hecho, pueden ser retirados parcial o totalmente, en cualquier momento.

Hace préstamos con la garantía de los Títulos depositados y paga los "Cupones" por adelantado, mediante un pequeño descuento.

Entrega alcancias para el depósito y guarda de los ahorros pequeños.

Los depósitos tienen la garantía del Estado, además de la del Banco.

Los "Títulos Hipotecarios" se emiten solamente contra la garantía real de bienes inmuebles, urbanos y rurales.

Las libretas que entrega, contienen las condiciones de la operación.

CALLE MISIONES, 1429, 1455 y 1459

Las personas interesadas en completar colecciones de

"PEGASO"

pueden dirigirse a la Administración,

CALLE SAN SALVADOR, 2309

MONTEVIDEO

Cooperativa Editorial Limitada "Pegaso"

Para la protección y difusión del libro uruguayo



Presidente: DR. ASDRÚBAL E. DELGADO

Catálogo de las primeras obras:

«LA PRINCESA PERLA CLARA»

Comedia feérica de José María Delgado

«INQUIETUD»

Poesías de Luisa Luisi

«LA MUJER INMOLADA»

Novela uruguaya de Vicente A. Salaverri

«LOS POETAS SALTEÑOS» AGOTADA

Estudio crítico de Telmo Manacorda

«AGUA DEL TIEMPO» 2.ª ELICIÓN

Poemas nativos de Fernán Silva Valdés

«ALMA NUESTRA»

Cuentos criollos de Montiel Ballesteros

«LA ESCUELA Y EL PROGRESO»

Estudios sociales-pedagógicos de María Espínola y Espínola

«LA SOMBRA ALUCINADA»

Versos de Mario Menéndez

«ESTOCADAS EN LA ALDEA»

Apuntes de Vicente A. Salaverri

«LOS SIMPLES MOTIVOS»

Poesías de Diego Larriera Varela

Pida estas obras en las librerías. Toda gestión, por carta a la Gerencia

8 DE OCTUBRE 120. — Montevideo

Representantes en la Argentina: Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573 - BUENOS AIRES

GUÍA DE PROFESIONALES

ABOGADOS

Herrera Luis Alberto, Larrañaga s/n.
Moratorio Eduardo L., Julio Herrera
y Obes 1387.
Arena Domingo, Convención y 18 de
Julio.
Delgado Asdrúbal, Convención y 18 de
Julio.
Miranda César, Boulevard Artigas.
Blengio Rocca Juan, Juncal 1363.
Pérez Olave Adolfo H., Río Negro 1437.
Pérez Petit Victor, Agraciada 1754.
Prado Carlos M., Juncal 1363.
Rodríguez Antonio M., Rincón 638.
Caviglia Buenaventura, Burgues 125.
Llovet Ernesto, Constituyente 1568.
Schinca Francisco A., Mercedes 826.
Del Castillo Serapio, Paraguay 1267.
Frugoni Emilio, 18 de Julio 979.
Carbonell Deball Arturo, Brandzen
1926.
Segundo José Pedro, Colón 1464.
Muñoz Jiménez Rafael, Canelones 672.
Grompone Antonio M., Miguelete 1739.
Mezera Rodolfo, Sarandí 417.

ARQUITECTOS

Herrera Mac Lean Carlos A., Plaza Ca-
gancha 1143.

CONTADORES

Fontaina Pablo, Misiones 1430.

ESCRIBANOS

Pittaluga Enrique, Buenos Aires 534.
Daquó Juan, Soriano 1370.

MEDICOS

Arias José F., Yaguarón 1436.
Delgado José María, 8 de Octubre 120.
Poladori José, Constituyente 1719.
Ghigliani Francisco, Uruguay 1884.
Brignole Alberto, Canelones 1241.
Scoseria José, Maldonado 1276.
Caprario Ernesto, Cuareim 1584.

CIRUJANOS DENTISTAS

Osimani Alejandro, 18 de Julio y
Vázquez.

